

...con las REVISTAS

HECHOS Y DICHOS

Agosto-Septiembre 1958, núm. 274. A. de Arin Ormazabal, S. J.

«La educación de la libertad»

El P. Arín continúa sus puntos de estudio —“Necesidades emocionales del niño” y “El temido problema de la educación sexual”— con este atrayente artículo sobre la libertad.

A título de complemento deseo matizar en él un aspecto que considero de interés. Se trata precisamente de la educación de la libertad en esa época de engranaje, hora punta en la vida de todo individuo, que son los 14 ó 15 años.

En dos ocasiones el autor toca este problema. En la primera nos define sus caracteres. “En la adolescencia la tendencia a la libertad adquiere o presenta caracteres de mayor exacerbación. Con frecuencia llega a bordear el límite de la rebeldía... Arranca de que el joven empieza a poner en tela de juicio la sabiduría de sus padres... Esta opinión no pocas veces se convierte en un verdadero reto. Todo ello es producto de una tendencia a la autodeterminación sin madurar aún”.

Aquí se habla, en la adolescencia, de una libertad rayana en la rebeldía y enfocada a la autodeterminación. Se insiste en que constituye un verdadero reto. Y nada más. Me va a permitir el P. Arín que para imitarle en su quehacer pedagógico, reconstruya de algún otro modo los conceptos anteriormente expresados.

El chico, en un estadio anterior al tratado, es como una planta que vegetara dormida. Un día de pronto “se despierta”. Siente en sí una eclosión de vida. Vibran en su organismo potencialidades hasta entonces desconocidas. Entre todas descuella una: la de poder usar con *independencia* de esos poderes. Ante sus ojos, muy abiertos, de 14 ó 15 años se presenta un horizonte infinito.

Que esta floración pujante es un anhelo de libertad, todos lo sabemos. Que también contiene en sí anormalidades, elementos de rebeldía y de reto, ya lo hemos leído. Pero que en este vivero, en donde una savia bravía brota en todas las direcciones, lo principal no son las manifestaciones externas chocantes, sino un venero íntimo de signo positivo, no siempre lo tenemos en cuenta. Con frecuencia nos fijamos en ligerezas y caprichos, y pasamos por alto corrientes psicológicas más profundas.

El muchacho a esa edad es un ser en continuo desequilibrio, amigo de reacciones explosivas, de una vida sentimental extrema. Todo cubierto con una capa estridente de independencia. Pero a esa edad es sobre todo un *valor*. Y precisamente a ese ser, que por valer tanto se nos escapa de las manos, tenemos que educarlo y en lo más difícil: en su libertad.

¿Qué hacer? Entramos en el segundo punto a tratar. El autor nos ha recordado las palabras de nuestro llorado Papa Pío XII: a los padres y educadores “no les es lícito desentenderse (cuando se trata de este pro-

blema), en el cual nadie podrá plenamente sustituirles". Y propone El P. Angel de Arín directrices a seguir, que por tratarse en un artículo de tipo sintético, me parece necesario adaptarlas a nuestro caso. Someto a su consideración estas ideas nacidas de la práctica en un colegio.

En mi opinión la primera virtud que debieran tener padres y educadores es una buena dosis de cariño-comprensión-simpatía. Parecerá una perogrullada, pero, por desgracia, no abunda mucho. Este solo "estar con ellos" es bastante para ayudarles. Al menos no les haríamos tanto daño. Es el modo "franco-sincero-abierto" de tratarles propugnado en Hechos y Dichos. Hasta aquí estamos de acuerdo. La segunda virtud creo, sin embargo, deber explicarla más. Consiste en actuar de tal modo sobre este ímpetu amplio y vital que *no lo destruyamos*. Bastante lo recortará la vida el día de mañana. Actualmente sobran apocados. Mostrémosles, sí, toda su plenitud. La más perfecta a que pueda llegar su ser. Que siempre encuentren en nosotros ideales mayores de los que soñaron. Y pongámonos lo suficientemente cerca para que, sin ellos notarlo, les podamos suministrar los elementos con los que en sí mismos eduquen su libertad. No queremos suplantarlos en esta tarea. Solamente les estamos dando la mano.

Finalmente queda la tercera virtud. La más difícil: tener paciencia. En cristiano: orar por ellos. Es cuestión de dominio. Venzamos la tentación de doblegar a golpes lo que nos parece insolencia. Insistamos en mostrarles simpatía, en abrirles horizontes. Pero sobre todo insistamos en tener paciencia. Con otras palabras: tengamos fe en la juventud. Pronto llegará el día, en el que de nuevo los sentiremos caminar a nuestro paso. Entonces vendrán más ricos con la experiencia vivida.

Acabadas estas líneas he vuelto a leer el artículo de Hechos y Dichos. Como insinué al comienzo, solamente he pretendido una matización. Matización en la problemática de los 15 años, insistiendo más en sus valores que en sus estridencias. Matización en los remedios, adaptándolos a esta edad.

Es de agradecer el estudio tan denso del P. Arín de Ormazabal. Unas breves líneas suyas nos han bastado para dialogar un buen rato.

Francisco de Paula Oliva, S. J.

FORMACION UNIVERSITARIA

Nos referimos a unas palabras de José M. Adán, en el n. 4-5 de "Claustro", Revista universitaria de Valencia.

Según Adán, "en lo que se ha dado en llamar formación fundamental, nos encontramos con una inversión total de valores que no puede traer consigo más que consecuencias absurdas". Porque parece que "social y oficialmente, lo más importante es la preparación profesional".

Quisiéramos detenernos un momento en estas frases, para desentrañar todo el sentido que, a nuestro juicio, está encerrado en ellas. Sentido que, por otra parte, cobra una significación especialmente interesante si, desde un ángulo teológico, consideramos al hombre-estudiante universitario no solamente como tal, sino además lanzado en una dirección trascendente sobrenatural.

Es evidente que por este camino, por "esta inversión total de valores", no se puede llegar a nada bueno.

A los que, casi sistemáticamente, vienen levantando el dedo para acusar a la juventud universitaria por su posición ante ciertos problemas,